

producción capitalista en su globalización, ha surgido un intenso debate en torno al *Re-loading Marx*, en el que se intenta hacer una profunda revisión del elenco categorial marxiano, tratando de determinar qué ha de salvarse y en cambio qué impulsos, redireccionamientos y abandonos son necesarios para ponerla a la altura de los tiempos. Juan Carlos Lago aborda esta cuestión en «¿Recargando a Marx? M. Pastore, D. Harvey y el capitalismo contemporáneo» (pp. 165-192). Por último, cierra el libro un extenso trabajo conjunto de Juan Antonio Nicolás y José Manuel Romero en el que se exploran la «filosofía de la realidad histórica y la crítica de la ideología» en el pensamiento de Ignacio Ellacuría (pp. 193-223).

En resumen, nos encontramos ante una obra que merece ser leída y, sobre todo, pensada, siguiendo el rastro de las indicaciones a las que, como una mirada de Jano,

apunta a través de la hibridación de historia conceptual y crítica de la ideología. Por una parte, aspira a revisitar en espiral (cuyo lema, no lo olvidemos es *Eadem mutata resurgo*) el pasado, a desenterrar y reactivar las huellas, las promesas interrumpidas y las ruinas ocultas en los estratos semánticos de los conceptos con los que impugnar el presente. Por otra, reabre la dimensión del futuro como lugar de lo posible y lo distinto, pone en cuestión, por ideológica, la eternización del presente con que la actual fase del capitalismo se legitima a sí misma, presentismo en estado puro y multiplicado al infinito, que se alimenta de cancelar la posibilidad de pensar un porvenir alternativo.

Héctor Vizcaino Revertos

Universitat de València

ORCID iD:<https://orcid.org/0000-0002-8817-3189>

¿HEMOS SIDO LOS DEMÓCRATAS EXCESIVAMENTE IDEALISTAS?

ACHEN, CHRISTOPHER; BARTELS, LARRY. *Democracy for Realists*, Princeton University Press, 2016, pp. 408.

Democracy for realists es, en cierto sentido, la crónica de una derrota. La concepción popular de la democracia (*folk theory of democracy*), sostienen Achen y Bartels, no ha conseguido superar los embistes de las ciencias sociales a lo largo del siglo veinte. La idea de que los ciudadanos son capaces de formar de un modo fiable sus propias preferencias y votar al candidato que mejor las representa contrasta con la sombría realidad que sugieren los estudios

empíricos sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas y la competencia de los votantes. Por el contrario, y esta es la principal aportación positiva del libro de Achen y Bartels, el principal determinante de las elecciones políticas son las identidades sociales y grupales que, en el ámbito de la política, se traducen principalmente en la identificación con un determinado partido político. No elegimos a nuestros representantes porque hayamos reflexionado concienzudamente sobre sus respectivos méritos, sino porque es lo que se espera de nosotros como miembros de un grupo concreto. En palabras de los propios

autores: “La mayoría de ciudadanos apoyan a un partido no porque hayan calculado cuidadosamente si sus posiciones políticas son las que más se acercan a las propias, sino porque “el tipo de persona” con que se identifican pertenece a ese partido”.¹

El primer objetivo de Achen y Bartels es la interpretación “populista” de la concepción popular de la democracia, que entiende la soberanía popular como el conjunto de mecanismos a través de los cuales los votantes racionales eligen a los líderes o las políticas con mayor probabilidad de maximizar la satisfacción de sus preferencias. El problema con esta teoría, nos dicen Achen y Bartels, es que es excesivamente poco realista. En el mundo real, los ciudadanos no tienen mucho interés por la política. Con mucha frecuencia ignoran hechos altamente relevantes o se equivocan a la hora de calcular qué partido representará mejor sus intereses. De hecho, para los autores la situación es incluso más grave: en muchos casos la preferencia por un partido o un líder concreto precede a las preferencias más concretas de los votantes sobre políticas concretas. Es decir, justamente lo contrario de lo que afirma la interpretación “populista”. Si esto es así, los méritos teóricos de dicha interpretación quedarían gravemente debilitados. Ahora bien, los argumentos de Achen y Bartels no se agotan en el ámbito empírico: a su juicio, los modelos matemáticos que tratan de formalizar esta perspectiva son incapaces de agregar de un modo coherente conjuntos de preferencias una vez que asumimos que estas no se sitúan en un único plano, sino que su estructura es multidimensional. La sombra del teorema de imposibilidad de Arrow es, por lo tanto, muy alargada.

Llegados a este punto, una reacción muy común - según Achen y Bartels - es la de afirmar que el problema no es que haya excesiva democracia, sino que no hay la suficiente. Lo que necesitamos para afrontar con éxito los problemas descritos en el párrafo anterior es una mayor participación de la ciudadanía. Ante esta sugerencia, los autores responden con escepticismo. Analizando los procesos de democratización de la selección de candidatos para presidente en Estados Unidos y la celebración de varios referéndums a nivel estatal en el mismo país, Achen y Bartels concluyen que una mayor participación ciudadana puede no ser una buena idea. En el caso de las primarias, argumentan, el incremento de la participación ha contribuido a acrecentar el poder de los grupos de interés. En el caso de los referéndums, esto ha desembocado varias veces en decisiones imprudentes. Por ejemplo, durante las décadas de los 50 y los 60, varios pueblos celebraron referéndums para decidir sobre la fluorización del agua potable —lo que resultaría enormemente beneficiosos para la prevención de la caries dental. El 60% de las veces esta propuesta fue rechazada por los votantes, quienes “se ahorraron unos pocos dólares en impuestos anuales a cambio de visitas al dentista y considerables facturas médicas”.²

Estos resultados no son muy halagüeños para la concepción popular de la democracia, tal y como la entienden Achen y Bartels. Una posible respuesta sería que el problema no radica tanto en la concepción popular como en la excesiva literalidad de la interpretación “populista”. Quienes defienden esto sostienen que es posible liberalizar la noción de soberanía popular sin que esta pierda su atractivo o devenga irre-

conocible. Tal vez los ciudadanos no voten como la interpretación “populista” asume. ¿Y qué? Para los impulsores de la teoría de la “votación retrospectiva”, los ciudadanos emiten sus veredictos políticos al final de las legislaturas, y no antes. Analizando sus niveles de bienestar subjetivo, castigarán o premiarán al político (o en el caso de no presentarse de nuevo, a su partido) que haya estado en el poder durante los años previos. Esto parece exigir bastante menos de los ciudadanos - sólo que sepan analizar razonablemente bien sus niveles de bienestar y que puedan discernir suficientemente qué parte del mismo es realmente atribuible a la competencia del político en cuestión. Pero, de nuevo, Achen y Bartels no están dispuestos a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Incluso esto es demasiado exigente, afirman. En primer lugar, muchos votantes no son capaces de separar de un modo mínimamente fiable aquellos aspectos de su bienestar que pueden razonablemente atribuirse a las acciones de los políticos de aquellos que se deben a factores externos (como las sequías o los ataques de tiburones). Y sin embargo, los castigos electorales se producen igualmente. En estas situaciones - que los autores califican de “retrospección ciega” (*blind retrospection*) -, los votantes actúan como “quien golpea al perro después de un duro día de trabajo”.³ En el fondo, a lo que Achen y Bartels están apuntando es a la idea de que los cambios en el bienestar subjetivo son muy poco fiables para extraer el tipo de conclusiones que los defensores de la “votación retrospectiva” creen que los ciudadanos pueden extraer. Otro ejemplo que ofrecen es el fenómeno de la “retrospección miope” (*myopic retrospection*): cuando los ciudadanos

evalúan a sus líderes, estos tienden a centrarse exclusivamente en el periodo inmediatamente previo a las elecciones, descontando el pasado más lejano. Para Achen y Bartels, esto no es ni de lejos una buena forma de analizar la actuación general de un gobierno.

Así pues, ni los ciudadanos votan como asume la interpretación “populista” ni las evaluaciones retrospectivas tienen la fuerza que sus defensores imaginan. De hecho, esto ni siquiera ocurre en los momentos de crisis, en los que, teóricamente, los incentivos de los ciudadanos para aumentar su competencia electoral serían mayores. Para apoyar esta afirmación, Achen y Bartels llevan a cabo un riguroso análisis del paisaje político estadounidense durante la Gran Depresión y la implementación de las políticas del New Deal. La conclusión a la que llegan es que este período, lejos de contradecir sus afirmaciones sobre el carácter deficiente de las evaluaciones retrospectivas, las confirman plenamente: el mismo patrón que ya habían observado anteriormente aparece de nuevo.

Por lo tanto, dicen los autores, lo que debemos hacer es replantearnos nuestra concepción de la democracia. En lugar de gastar nuestras energías tratando de salvar a un condenado a muerte, lo que debemos hacer es preparar el andamiaje teórico para una nueva concepción de la democracia que se ajuste a lo que sabemos. Y esto es a lo que la última parte del libro está dedicado. Para Achen y Bartels, son las identidades sociales y la lealtad grupal (en este caso, partidista) las que determinan las elecciones políticas de los ciudadanos - en lugar de la evaluación individual que presupondría la concepción popular de la democracia. Es más,

cuando estos tratan de hacer explícitas las razones por las que han votado a un partido concreto, lo que en realidad están haciendo muchas de las veces es racionalizar los más profundos motivos. Lo que importa, por lo tanto, son los grupos. Y si queremos una teoría realista sobre la democracia - a partir de la cual podamos realmente “democratizar” nuestros sistemas políticos⁴ - es en ellos en quiénes debemos concentrar nuestra atención, y no en las preferencias individuales de los votantes. Si la teoría de Achen y Bartels está en lo cierto, estas no serían sino los efectos de algo más profundo.

Democracy for realists es, sin ninguna duda, un libro altamente interesante. Como afirma el filósofo político Niko Kolodny en su reseña del mismo, incluso si el libro “hubiera aparecido en tiempos menos interesantes”, aún seguiría siendo “un libro que nadie que estudie la política seriamente podría admitir no haber leído”.⁵ Para aquellos que quieran debatir sobre las posibilidades y los defectos de los sistemas democráticos es una referencia indispensable - tanto por sus propios méritos como por su excelente repaso a la bibliografía relevante. Hasta el más ferviente crítico del libro encontrará en él un resumen claro de las fuentes y los estudios que hace falta tener en mente. Incluso si su tesis principal resulta ser falsa, habrán conseguido delimitado el espacio argumentativo de un modo tremendamente valioso.

Por supuesto, la pregunta relevante es: ¿Es falsa la tesis de Achen y Bartels? Como filósofo, lo que yo pueda responder a esta cuestión es bastante poco interesante, aunque sospecho que el debate está menos cerrado de lo que a veces los autores asumen.

No obstante, sí creo interesante señalar una posible deficiencia del argumento de Achen y Bartels: su caracterización deliberadamente vaga de la concepción popular de la democracia acaba afectando a la fuerza argumentativa de un libro cuyo objetivo principal es polémico; lo que Achen y Bartels se proponen llevar a cabo no es un simple proyecto de divulgación, sino socavar las bases de la concepción popular de la democracia. El problema es que esta es en ocasiones demasiado elástica. Se manifiesta a la vez en el hombre de a pie y en las más complejas teorías en el mundo académico. Ahora bien, ¿cuál es la utilidad de analizar lo que el hombre de a pie piensa sobre la democracia? Si Achen y Bartels están en lo cierto, entonces el hombre de a pie difícilmente tenga una concepción elaborada de la democracia como la que se va discutiendo a lo largo del libro. Pero si esto es así, ¿por qué deberíamos excluir la posibilidad de que esta concepción sea capaz de acomodar muchos de los descubrimientos que los autores nos presentan? Si esta es esencialmente vaga, también será más moldeable. Otra cosa, desde luego, son las teorías académicas sobre la democracia. Aquí sí que es posible decir que la teoría de Achen y Bartels es potencialmente demoladora para algunas teorías particulares. Sobre todo aquellas con un enfoque más económico e individualista, como la teoría económica de Anthony Downs. Ahora bien, ¿cómo de representativas son estas teorías? En este punto, mi formación resulta beneficiosa: como filósofo, el énfasis de Achen y Bartels en las actitudes grupales no me resulta muy sorprendente.⁶ En cierto sentido, toda acción colectiva puede ser caracterizada como relativa a un determinado gru-

po. Esto en sí mismo no es un problema siempre que exista una división del trabajo cognitivo razonablemente eficiente, en la que la identificación grupal puede ser epistémicamente beneficiosa sin que cada miembro del grupo conozca de primera mano toda la información relevante. Por poner un ejemplo, la comunidad científica no deja de ser un grupo –y esto a veces puede ser problemático, claro–, pero su estructura estimula una distribución de los recursos cognitivos lo bastante eficiente. Si Achen y Bartels están en lo cierto, entonces los sistemas democráticos no están realizando un buen trabajo en este sentido. Pero en este caso resulta menos irreal suponer que una mejora de la situación es posible sin implicar que cada individuo deba realizar individualmente todos los cambios –o incluso muchos cambios–, una suposición que a veces parece estimular el es-

cepticismo de los autores. Desde luego, lograr una mejor redistribución de los recursos epistémicos dentro de una sociedad democrática parece una tarea complicada, pero en principio no parece menos difícil que la mejor redistribución de los recursos económicos que los autores proponen –de hecho, es bastante probable que ambas vayan de la mano. Por supuesto, esta es una cuestión empírica y como filósofo, me toca de nuevo abandonar el campo.

Bibliografía

Achen, Christopher; Bartels, Larry. *Democracy for Realists*, Princeton University Press, Princeton

Pablo Magaña Fernández

Estudiante de Doctorado en el Departamento de Derecho, de la Universidad Pompeu Fabra
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1888-0857>

NOTAS

¹ Achen, Christopher; Bartels, Larry. *Democracy for Realists*, Princeton University Press, Princeton, 2016, 307.

² *Ibíd.*, 54.

³ *Ibíd.*, 93.

⁴ Por ejemplo, con una distribución de la riqueza más equitativa que impida que algunos grupos estén representados de un modo enormemente desproporcionado.

⁵ Su reseña puede consultarte en este enlace: <http://bostonreview.net/politics/niko-kolodny-how-people-vote>.

⁶ Como muestra, este artículo reciente del *New Yorker*: <https://www.newyorker.com/culture/persons-of-interest/how-to-restore-your-faith-in-democracy>.

HAY ESPERANZA PARA UNA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA DE CALIDAD

SEBASTIÁN LINARES, *Democracia participativa epistémica*. Marcial Pons, Madrid, 2017, 385 págs.

El libro *Democracia participativa epistémica*, recientemente publicado por Marcial

Pons, tiene tres grandes méritos. El primer mérito es personal. Como se recoge en el emotivo prólogo escrito por José Luis Martí, y en el prefacio del propio Sebastián Linares, la situación personal en la que se fraguó esta obra era muy difícil. Esto aña-